

COMPARTIR LA MESA Y CONOCER A JESÚS

Prof. Rafael Aguirre

Transcripción de la conferencia pronunciada el 14 de noviembre de 2006

Antes de entrar en el tema del Evangelio de Lucas que da título a esta conferencia, conviene recordar algunos aspectos que caracterizan a este Evangelio:

En primer lugar, se trata del tercer Evangelio, lo cual supone que otros le han precedido. El mismo Lucas lo dice en su famoso prólogo: *“Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros...”*. Es decir, él conoce otros intentos y ahora quiere completarlo, desarrollarlo, quizás porque no le satisfacen del todo esos escritos anteriores y también porque quiere, con su propio escrito, responder a las necesidades de su comunidad.

Efectivamente, Lucas da nuevas informaciones, reinterpreta las ya conocidas y, sobre todo, añade una segunda parte: Los Hechos de los Apóstoles; en realidad el Evangelio y Los Hechos de los Apóstoles, son dos partes de una misma obra y hay numerosas referencias entre ellas.

Por otra parte, la Comunidad de Lucas ya no está en Palestina, ni tan siquiera en Siria, como puede ser la del Evangelio de Mateo, sino que se sitúa en el corazón del Imperio romano; quizás en Éfeso, más probablemente en Roma. En ella hay muchos miembros provenientes del paganismo y, sin duda, también algunos que proceden del judaísmo, lo que implica que se replantean numerosos problemas nuevos, por ejemplo la relación con el Imperio romano. Hay, asimismo, un deseo de subrayar que es una Comunidad que va entrando, inevitablemente, en diálogo con la cultura helenística del entorno. Lucas, concretamente, se caracteriza por utilizar algunos recursos literarios que eran habituales entre los escritores de su tiempo, lo que, que sin duda le diferencia de los otros dos sinópticos.

Este Evangelio se va alejando del origen, no sólo geográficamente, puesto que se sitúa en Roma, sino también temporalmente. En torno al año 80, se siente la necesidad de afianzar los recuerdos, de recopilar los más posibles, de ponerlos bajo la autoridad de los doce; van desapareciendo también los compañeros directos de Jesús y, como sucede siempre, se cultiva la memoria del pasado, en función de la identidad y las necesidades de la Comunidad presente, y también desde su perspectiva.

Es una Comunidad que, en aquel momento, tiene dos características muy peculiares:

La primera: Es una Comunidad misionera, abierta a los paganos, como se hace patente en los Hechos de los Apóstoles, donde ya no se plantea si hay que cumplir la ley judía, si hay que someter a la circuncisión a los que se quieren incorporar... porque esos problemas pertenecen al pasado.

La segunda característica, muy relacionada con la anterior, es que son Comunidades heterogéneas en las que conviven pagano-cristianos y judeo-cristianos. También lo son socialmente: a medida que el cristianismo va penetrando en el Imperio, se van incorporando a la Comunidad personas de buena situación y por supuesto, muchísimos pobres, gente muy sencilla, tal como eran la mayoría de los habitantes del Imperio.

No hay más que leer la obra de Lucas para ver que el problema de la pobreza y la riqueza –el tema del dinero y del uso de los bienes materiales- es un problema candente en aquella Comunidad.

Sentido antropológico de las comidas

Una de las particularidades de Lucas, es que presenta a Jesús comiendo, en circunstancias diversas y con comensales diferentes, muchas más veces que los demás Evangelios. Aparece comiendo con pecadores y publicanos, varias veces en casa de fariseos, por supuesto, con la gente, con los discípulos... y además, en el contexto de estas comidas, Jesús pronuncia enseñanzas de especialísima importancia.

¿Por qué presenta Lucas tantas veces a Jesús en el contexto de una comida? ¿Por qué en ese contexto Jesús comunica enseñanzas de tanta importancia? ¿Qué significaban esos textos -con frecuencia enseñanzas muy polémicas, quizás a veces las más novedosas de su mensaje- para sus primeros destinatarios?

Antes de comentar los textos del Evangelio de Lucas, me voy a permitir unas breves sugerencias de carácter antropológico, que pueden ayudarnos a entenderlos mejor.

En cualquiera de nuestras ciudades podemos encontrar restaurantes chinos, italianos, árabes, jordanos, tailandeses... por supuesto, restaurantes con la comida típica de la propia región o de otras regiones españolas, y cuando salimos al extranjero, tenemos siempre dos grandes problemas: el idioma y la comida, que se hace difícil al no entender los términos; la lengua y la cocina son de los rasgos que más identifican a una cultura.

En toda cultura hay normas que rigen qué se puede comer, cuándo se puede comer, con quién se puede comer... Los antropólogos dicen que, si se quiere conocer a un grupo, lo mejor es observar cómo comen, porque toda comida, hasta la más cotidiana, tiene su ritual. Por ejemplo, en una familia, en un grupo de amigos, ver qué lugar ocupa cada uno en la mesa: el padre, la madre, quién se pone cerca de la cocina, quién es el que se levanta, a quién se le sirve el primero, quién empieza a comer... No digamos nada si se trata de un banquete, o de un banquete oficial, con un protocolo riguroso, donde el Jefe del Estado ocupa un lugar relevante, evidentemente la cabecera, a su derecha la segunda autoridad del Estado, enfrente el invitado de honor... Observando cómo están distribuidos los puestos en la mesa, cómo comen, se puede saber incluso cómo está organizada la vida de ese Estado.

Invitar a comer a una persona en la propia casa es un gesto de especial confianza y amistad. Si un pobre llama a nuestra puerta, es más fácil darle treinta o cuarenta euros que invitarle a sentarse a la mesa, que cuesta mucho menos dinero pero es más difícil. *¿Cuándo hemos comido juntos?* Es una expresión castellana que todos conocemos, y que utilizamos cuando queremos establecer diferencias con una persona que quizás se ha tomado demasiada confianza con nosotros. Cuando diversos grupos –una familia, una comunidad, un grupo de amigos...- quieren festejar algo, celebran una comida en común, y ahí se manifiestan las relaciones internas del grupo, su identidad, su solidaridad, a veces también su historia porque los alimentos

que toman son tradicionales, quizás en los cantos que entonan después de que han terminado...

Quizás algunos conozcáis una anécdota que vi en TV y que he contado varias veces: Un grupo de etíopes judíos se trasladaron hace unos 15 años a Jerusalén, acogiéndose a las muchas ventajas que el Estado judío les daba para poder instalarse allí. Ellos, con las características tan típicas de los etíopes, negros, muy dignos, altos, normalmente delgados... se consideran descendientes nada menos que de la reina de Saba, es decir del tiempo de Salomón. Les hicieron una entrevista en TV y les preguntaron cómo habían podido mantener su identidad judía, aislados en Etiopía, durante tantos siglos. Entonces el Sumo Sacerdote del grupo contestó: "Se debe a que no hemos comido con nadie que no fuese de nuestro propio grupo". Esta respuesta vale más que cualquier tratado de antropología cultural.

Las normas de pureza alimentaria en el judaísmo del siglo I

En el judaísmo hay unas normas muy estrictas de carácter alimentario, que los propios judíos mantienen incluso cuando viajan en avión o cambian de país.

En el judaísmo del siglo I, esto se vivía de forma muy estricta. Al lado del mar Muerto donde, según parece, vivió la Comunidad de monjes de Qumram, hay unas excavaciones en que se puede reconstruir su vida con bastante verisimilitud. En aquel complejo monástico, en medio del desierto, hay dos grandes estancias que todavía siguen impresionando: Una de ellas es el escritorio, donde cultivaban su amor a la Palabra de Dios y a los comentarios de la Palabra de Dios, y copiaban aquellos manuscritos, algunos de los cuales han aparecido después en las cuevas. La segunda estancia es el comedor; cuando se consideraba que un miembro había pasado el periodo de prueba y participaba plenamente de la vida del grupo, es decir, se incorporaba a la Comunidad, ya podía comer junto con el grupo. Es interesante resaltar que esos dos aspectos que allí se encuentran unidos: el cultivo del amor a la Palabra y, en torno a la mesa, el lugar de reunión, parecen estar prefigurando lo que después va a ser la vida de la Comunidad cristiana, en torno a la Palabra y en torno a la mesa.

También los fariseos del siglo I tenían unas normas de carácter alimentario muy estrictas, que se cumplían a rajatabla. Se calcula que más del 60% de las normas que tiene la literatura judía de aquel tiempo, versan en torno a la comida, y lo regulan todo minuciosamente: cómo sembrar, cómo recolectar, cómo condimentar...; qué se puede comer y qué no; qué alimentos son incompatibles, es decir, que no se pueden mezclar y, por supuesto, hay alimentos impuros que hay que evitar a toda costa. Es necesario también purificarse antes de comer con una serie de abluciones rituales; son las llamadas "normas de pureza", que pretenden fortalecer la identidad del propio grupo y establecer barreras que lo diferencien respecto a otros grupos extraños, de fuera, salvaguardando así su identidad étnica.

Estas normas de pureza abarcan, sobre todo, dos grandes campos: El *convivium*¹, es decir las normas alimentarias, que marcan también con quién se puede comer, porque no se puede comer con profanos, impuros, paganos... Y el

¹ En castellano, convivir, convivencia que generalmente se produce entre las personas en torno a una mesa común.

connubium, que impide establecer matrimonios con personas que no sean del propio grupo.

Después de estas rápidas pinceladas sobre el significado de la comida en la cultura del tiempo de Lucas, paso a comentar algunos textos de este Evangelio. Tengo que presentarlos con rapidez, y sólo podré sacar a flote una pequeña parte de su gran riqueza que, sin embargo, nos lleva al corazón de la teología de Lucas. Yo les animo a que lean personal y reposadamente estos textos y, con las indicaciones que voy a ir dando, descubran una clave de lectura, sumamente iluminadora, del Evangelio de Lucas.

Comidas de Jesús con pecadores y publicanos: el Dios de la misericordia.

Al comentar las comidas de Jesús en el Evangelio de Lucas, voy a referirme, en primer lugar, a las comidas con pecadores y publicanos. Son tres escenas y en todas ellas se nos dice que “murmuran contra Jesús”, es decir, el comportamiento de Jesús escandaliza.

- Primera escena: *Comida en casa de Leví*. Capítulo 5,29-39.

Leví ofreció en su casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Los fariseos y sus escribas murmuraban a los discípulos: “¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?” Les respondió Jesús: “No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores”.

- Segunda escena: *Las parábolas de la misericordia*. Capítulo 15.

Todos los publicanos y pecadores se acercaban a él para oírle. Los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: “Éste acoge a los pecadores y come con ellos”. Entonces les dijo esta parábola...

Jesús, ante sus críticas, les cuenta, no una sino tres parábolas preciosas, exclusivas del Evangelio de Lucas. En la primera narra la historia de una pobre mujer de Palestina que ha perdido una dracma, lo que realmente es una desgracia. La segunda trata de un pastor que ha perdido una oveja; ya es algo peor. Pero en la tercera, se nos habla del padre que ha perdido un hijo, y esto sí que es muchísimo más desgarrador.

Estas tres parábolas nos describen la búsqueda afanosa de la mujer, del pastor y del padre; y luego, cuando encuentran lo que habían perdido, la alegría inmensa que sienten; alegría que, además, quieren compartir con los vecinos, con el hermano mayor...

En la parábola del hijo perdido, que sería mejor llamar “del amor del padre”, vemos cómo el hijo llega a la situación de máxima degradación para un judío de aquel tiempo; está en tierra pagana, cuidando cerdos, y llega incluso a tener envidia de lo que comen los animales impuros por excelencia; más bajo no podía caer un judío

El caso es que aquel joven empieza a recapacitar en la posibilidad de que su padre lo admita como jornalero, se pone en camino; entonces el padre tiene un comportamiento completamente insólito en un patriarca oriental, que se caracteriza

porque siempre está en su sitio, sin perder la compostura, haciéndose respetar, manteniendo el honor y todos los convencionalismos que comporta.

Pero el padre tiene un comportamiento totalmente insólito en un patriarca oriental. Sale todos los días a otear el horizonte para ver si vuelve el hijo que había perdido, cuando lo ve en la lejanía echa a correr –en Oriente, una persona digna no corre-, acoge en sus brazos al hijo, no le deja que se disculpe, le restituye en su calidad de hijo, le cambia las ropas, le pone las mejores vestiduras, el anillo... manda que maten un toro cebado, que organicen una gran fiesta, una gran comida... El banquete es siempre la expresión de la fiesta y del regocijo compartido.

Pero la parábola no termina aquí. En las parábolas que tienen dos partes lo que se suele llamar la punta, es decir el peso fundamental, recae sobre la segunda. Versa sobre el hijo “fiel”, el que siempre ha estado en casa, que vuelve del campo, oye el jolgorio y le dicen lo que pasa, se indigna y no quiere entrar, rechaza la invitación de su padre: “*ha venido este hijo tuyo, que ha gastado tu hacienda con prostitutas y has matado para él el novillo cebado*”. El padre le responde: “*Ese HERMANO tuyo estaba perdido y ha sido encontrado, ha regresado a la vida*”. El padre pone ahora todo su esfuerzo en que el hijo “fiel” participe, entienda y comparta su alegría, porque ha recuperado al hijo que había perdido. En el fondo, este hijo “fiel” está representando a los que al inicio del capítulo criticaban el comportamiento de Jesús porque acogía a los pecadores y comía con ellos. Jesús quiere que esta gente entienda que Dios es misericordia, perdón, que Dios acoge.

- Tercera escena: *Jesús se hospeda en casa de Zaqueo*. Capítulo 19,1-10.

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: “Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede yo en tu casa” Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo”. Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”.

Siempre es lo mismo, murmurar, criticar... y *va in crescendo*; en esta escena los que murmuran son todos, no sólo los escribas y fariseos. Y Jesús dice que Zaqueo no es un estigmatizado, un maldito, alguien con quien no se pueda tener trato; hoy diríamos que es un “ciudadano de pleno derecho”.

A lo largo de todo el Evangelio Jesús se expresa con sus palabras y también con sus gestos y actitudes; realmente adopta un comportamiento totalmente insólito: come con gente impura, algo que no cabe en un profeta honorable, en un hombre religioso, en un israelita fiel... Se puede presuponer que en estas comidas no se tenían muy en cuenta los preceptos de pureza alimentaria. Jesús se justifica sencillamente, haciendo ver que Dios es misericordioso, que busca a todos; más aún, que busca de

una manera preferente a la gente estigmatizada socialmente, a los llamados pecadores en una sociedad como la judía de aquel tiempo.

En realidad, lo que hace Jesús en el Evangelio de Lucas, para hablar de Dios, es cambiar el paradigma de la santidad por el de la misericordia.

La santidad se reflejaba en la misma construcción del Templo de Jerusalén: Primero había un patio amplio, en el cual podían entrar toda clase de personas, incluso los gentiles. Luego estaba el patio de Israel, donde únicamente podían entrar los judíos; había además unas inscripciones –que actualmente están en el museo- en las cuales ponía: “el gentil que traspase este límite podrá ser condenado a muerte”. Después se encontraba otro patio, más interior, al cual podían acceder los varones, pero no las mujeres, y a continuación otro recinto, “el Santo”, en el que sólo podían entrar los sacerdotes. Y finalmente estaba “el Santo de los Santos” donde sólo podía entrar el sacerdote, una vez al año, después de someterse a una serie de ritos de purificación, para orar por todo el pueblo. Esto refleja que, para acercarse a la divinidad, había que separarse de lo profano y someterse a una serie de ritos de purificación.

Para Jesús no es así; para Jesús, Dios es misericordioso y es Dios quien se acerca a los seres humanos y les busca. Nos acercamos a Dios, no en la medida en que nos separamos de lo profano, siguiendo un exigente proceso de purificaciones, sino que nos acercamos a Dios en la medida en que tenemos misericordia y nos solidarizamos, con los hermanos, sobre todo con los más excluidos y los más pobres. Lo que nos separa de Dios no es un abismo metafísico, sino nuestra falta de misericordia.

En este punto hay que mencionar una parábola que sólo está en el Evangelio de Lucas –capítulo 10-: “*El buen samaritano*”. En el fondo, lo que pretende Jesús con esta parábola, es que veamos el mundo desde las víctimas, que privilegiemos esa cara oculta –y ocultada- de la realidad, que es el dolor de los que sufren, de las víctimas, para ver la realidad no desde el punto de vista de los que tienen suerte y han sido privilegiados en la vida, sino desde el punto de vista de las víctimas, y nos solidaricemos con ellas; que no pasemos de largo como el levita y el sacerdote, sino que tengamos misericordia. El samaritano tuvo misericordia, y Jesús dice: “*Vete y haz tú lo mismo*”. Eso es lo que realmente nos acerca a Dios; Dios no pide nada para Él; lo que Dios nos pide es que tengamos misericordia con el hermano, que está hecho a su imagen y semejanza.

Jesús come en casa de fariseos: la inversión de los valores.

Jesús no hace discriminaciones; come con pecadores y publicanos, con los mal vistos, y también come con fariseos, la gente que se tiene por más noble y respetable. En el contexto de estas comidas con los fariseos, donde rigen y se respetan al máximo los valores judíos convencionales, nos encontramos con largas y polémicas enseñanzas de Jesús.

Vamos a ver tres escenas que Lucas hace, en parte utilizando tradiciones que tiene en común con Mateo, pero reelaborándolas profundamente, y aportando otras tradiciones o material que sólo tiene él.

Lucas utiliza aquí un género literario helenístico, el *symposium*. Después de un banquete solemne, se servían y se bebían los licores, se charlaba, con frecuencia había un invitado famoso que era el que hablaba o era el centro de la conversación. Pues bien, el *symposium* se había convertido en un género literario. Eran charlas de sobremesa que servían para expresar temas muy diversos. Pensemos en los diálogos de Platón, en los que Sócrates lleva la voz cantante.

Los fariseos, que se tenían, y eran tenidos por respetables y honorables porque se atenían escrupulosamente a todas las normas de la ley, aparecen en estas escenas como los custodios celosos de las normas de pureza que garantizaban la identidad étnica del pueblo judío. En este marco hay un comportamiento de Jesús que resulta provocativo, que rompe los esquemas, que escandaliza... y esto da pie para una enseñanza polémica en la que Jesús propone unos valores alternativos a los vigentes, los valores del Reino de Dios.

Evoco con rapidez estas tres escenas de las comidas de Jesús con los fariseos, e insisto nuevamente en la invitación a que leáis los textos en casa, detenidamente, porque creo que leyéndolos completos, tomando el hilo conductor que presento, seguramente vais a descubrir en ellos mucha más riqueza de la que quizás hayáis podido descubrir en otras ocasiones y, por supuesto, más de la que yo puedo exponer en un tiempo limitado.

- Primera escena: *La pecadora perdonada*. Capítulo 7,36-50.

“Un fariseo le rogó que comiese con él, y entrando en la casa del fariseo se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. Al verlo, el fariseo que le había invitado, se decía para sí: “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora. Jesús le respondió: “Simón, tengo algo que decirte”. Él dijo: “Di, maestro”. “Un acreedor tenía dos deudores, uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?” Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más”. Él le dijo: “Has juzgado bien y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra...”

Ante el escándalo del fariseo Jesús, en vez de plantear la cuestión directamente, lo que puede provocar que el interlocutor se ponga a la defensiva, lo que hace es contar una breve parábola, algo así como dar un pequeño rodeo, para que el interlocutor emita un juicio sobre el episodio que se presenta; después, ese episodio, o ese juicio, sirve para iluminar la situación que están viviendo. Quién amará más al propietario el deudor al que le has sido perdonados quinientos denarios

o el de cincuenta? Simón no tiene más remedio que responder: aquel a quien se le perdonó más.

Jesús aplica esa reflexión a la realidad presente. Quizás esta mujer se ha sentido, por primera vez, respetada, aceptada y querida; se ha sentido verdaderamente perdonada y acogida. Ella ha expresado amor y Jesús no la ha rechazado, no la ha estigmatizado, la ha aceptado y ha hecho que salgan a la luz las mejores posibilidades que tenía en su interior.

- Segunda escena: *Contra los fariseos y legistas*. Capítulo 11,37-54.

Mientras hablaba, un fariseo le rogó que fuera a comer con él; entrando, pues, se puso a la mesa. Pero el fariseo se quedó admirado viendo que había omitido las abluciones –las purificaciones rituales de lavarse hasta el codo– antes de comer.

Pero el Señor le dijo: “¡Bien! Vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y de maldad. ¡Insensatos!, el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior? Dad más bien en limosna lo de dentro, y así todas las cosas serán puras para vosotros”.

Se trata de una enseñanza de Jesús, también polémica y alternativa, porque en el fondo, ¿en qué consiste la pureza? ¿En mantenerse alejados de determinadas personas? ¿En restregar a fondo los vasos, y los platos por fuera? Jesús ve las cosas de otra manera.

Como he dicho antes, a Lucas le preocupa mucho el uso del dinero; en el capítulo 16,14 dice de los fariseos *que amaban el dinero y por eso se burlaban de las enseñanzas de Jesús*. Así se entiende como va a reinterpretar Jesús, en el texto que nos ocupa ahora, el mandamiento de la pureza que, en definitiva consiste en dar a los demás, a los pobres, lo que se tiene; la pureza consiste en compartir, en ser generosos... Pocos versículos más tarde dirá: *Vended vuestros bienes, dad limosna, y entonces os haréis un tesoro en el cielo*. Continúa Jesús en el texto que nos ocupa:

“¡Ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejáis a un lado la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que había que practicar, aunque sin omitir aquello...”

“¡Ay también de vosotros, los legistas, que imponéis a los hombres cargas intolerables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!...”

¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que están entrando, se lo habéis impedido!!

Es decir, les echa en cara el que impongan una interpretación de las leyes que realmente resulta pesadísima, que agobia a la gente, que no resulta liberadora. Esto mismo se expresará en otro momento del Evangelio, cuando *Jesús siente compasión de la gente porque veía que eran como ovejas descarriadas y abatidas, que no tenían pastor* –alguien las abate, las sofoca- Por eso Jesús les dice: *Venid a mí todos los que estéis cansados y agobiados, que yo os aliviaré, porque mi yugo es suave y mi carga ligera*.

Jesús da una interpretación liberadora de las leyes rituales; no se convierte en un farrago que hace insoportable y pesada la vida de la gente, sino que pone por delante la justicia y el amor.

- Tercera escena: *Enseñanzas en torno al banquete..* Capítulo 14, 1-24

Y sucedió que habiendo ido en sábado a casa de uno de los jefes de los fariseos para comer, ellos le estaban observando. Había allí, delante de él, un hombre hidrópico. Entonces preguntó Jesús a los legistas y a los fariseos: “¿Es lícito curar en sábado o no?” Pero ellos se callaron. Entonces le tomó, le curó y le despidió.

Y a ellos les dijo: “¿A quién de vosotros se le cae un hijo o un buey a un pozo en día de sábado y no lo saca al momento?” Y no pudieron replicar a esto.

De nuevo nos encontramos con una actitud de Jesús que choca con la mentalidad de aquellos fariseos. Continúa después con unas enseñanzas proféticas polémicas en las que explica de nuevo los valores alternativos del Reino de Dios:

Notando cómo los invitados elegían los primeros puestos, les dijo una parábola: “Cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya sido convidado por él otro más distinguido que tú, y viniendo el que os convidó a ti y a él, te diga: “Deja el sitio a éste! y entonces vayas a ocupar, avergonzado, el último puesto. Al contrario, cuando seas convidado, vete a sentarte en el último puesto, de manera que, cuando venga el que te convidó, te diga: “Amigo, sube más arriba”. Y esto será un honor para ti delante de todos los que estén contigo a la mesa. Porque todo el que se ensalce será humillado; y el que se humille, será ensalzado.

La alternativa de los valores va más allá. Se trata de pasar de la reciprocidad interesada al amor gratuito, que tiene su piedra de toque en la acogida y solidaridad con los pobres y marginados:

“Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos, y entonces será Dios el que te premiará” .

Toda esta escena está situada en una gran charla de sobremesa –un *symposium*- y culmina con la parábola de un señor que organiza una gran cena:

Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: “Venid, que ya está todo preparado”. Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego que me dispenses”. Y otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me dispenses” Otro dijo: “Me he casado, y por eso no puedo ir”

Las excusas que dan los invitados revelan que son gente rica, gente de la élite, gente de la categoría social del señor que les invita; pero no aceptan.

Entonces, airado el dueño de la casa, dijo a su siervo: “Sal enseguida a las plazas y callejuelas de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, ciegos y cojos”.

El siervo tiene que ir a los extrarradios de la ciudad e invitar a los pobres y lisiados, a los ciegos y cojos. La gente de la élite no ha aceptado la invitación y serán sustituidos por quienes jamás tenían ocasión de participar en un banquete de este rango. Pero hay aún una segunda invitación:

” Dijo el siervo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio. Dijo el señor al siervo: “Sal a los caminos y cercas y obliga a entrar hasta que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena.

Ahora el siervo ha salido fuera de las murallas y ha invitado a la pobre gente que merodea por el entorno, que durante la noche, cuando se cierran las puertas, no puede permanecer en la ciudad. Son los pobres de solemnidad, los que no tienen cobijo, los estigmatizados. Por eso dice “oblígales a entrar”: esta gente es consciente de que no pueden acceder al centro de la ciudad, donde vive la élite, la aristocracia honorable; y, sin embargo, el señor –extraño señor este, que contraviene tan flagrantemente las normas del honor- quiere que vengan al banquete en su casa.

Comidas de Jesús con los discípulos.

Ahora nos encontramos a Jesús comiendo con sus discípulos. Sin duda comió muchas veces con ellos, pero hay tres comidas, en tres momentos claves, que Lucas realza de una forma muy especial en su Evangelio: La comida poco antes de morir, lo que llamamos La Cena, y dos comidas después de la resurrección. Son comidas en las que Jesús les va a inculcar las enseñanzas más importantes sobre el seguimiento.

Lucas tiene la Cena pascual como los otros sinópticos, pero introduce un discurso largo, de despedida, que no está en los Evangelios de Marcos ni de Mateo. El discurso de despedida es un género literario muy conocido en el judaísmo, en el que el personaje importante de que se trata, da su testamento, hace provisiones sobre el futuro, les abre su corazón...; por ejemplo, el discurso de despedida de Jacob poco antes de morir, en el libro del Génesis, o el discurso de despedida que aparece en el capítulo 20 de los Hechos de los Apóstoles, cuando Pablo se despide de los presbíteros de la Comunidad de Éfeso en Mileto.

- Primera escena: *La Cena pascual*. Capítulo 22,14-38.

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles, y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios”. Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: “Tomad esto y repartiadlo entre vosotros, porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios”. Tomó luego pan y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío”.

El pan y el vino expresan simbólicamente lo que ha sido toda su vida. Sigue el discurso en el que anuncia la traición de Judas, la negación de Pedro, las dificultades que les esperan a los discípulos que se van a quedar solos y, finalmente, viene la gran lección que sólo tiene, en este lugar, el Evangelio de Lucas:

Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. Él les dijo: “Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores, pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

Jesús habla de un Dios que no busca nada para sí, que es amor puro y entrega gratuita. Para Jesús, en el Evangelio de Lucas, el ser humano no tiene que dar nada a Dios, sino servir a los hermanos. El hijo del Hombre *no ha venido a ser servido sino a servir y entregar su vida.*

Hay una pequeña parábola, propia únicamente de Lucas, en la que también usa la imagen de la cena; en mi opinión es la enseñanza más asombrosa que se puede encontrar en toda la Biblia sobre el amor de Dios y, sin embargo, suele pasar desapercibida. Está en el capítulo 12,35-37, y tiene dos versículos sorprendentes:

Tened ceñida la cintura y las lámparas encendidas; estad siempre preparados...

Dichosos los siervos a quienes el señor, al venir, les encuentre despiertos. Yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá.

¿Qué señor es éste? Lo normal es que sean los siervos los que, con la cintura ceñida y las lámparas encendidas, esperen que venga su señor, cansado del viaje, para abrirle las puertas y ponerse a servirle. Sin embargo aquí dice que será el señor quien les diga que se sienten a la mesa y él mismo se pondrá a servirles. Repito, creo que, realmente, no hay parábola más asombrosa que ésta sobre lo que es el amor de Dios.

Las dos escenas siguientes muestran dos apariciones del resucitado, al que sus discípulos reconocen *al partir el pan*, un gesto propio de Jesús. Muchas veces, a lo largo de su vida, han compartido el pan con Él, pero es que, además, las enseñanzas de Jesús han girado sobre el compartir el pan y la mesa con generosidad, sin discriminaciones, con espíritu de servicio. Jesús había hecho, del compartir la mesa, la expresión máxima de cómo el amor de Dios se acerca a los seres humanos. Es en este contexto de comer con ellos cuando el resucitado abre los ojos de sus discípulos para que entiendan las Escrituras, y para que, a la luz de las Escrituras, comprendan el hecho escandaloso de la pasión y de la cruz de Jesús.

- Segunda escena: *El episodio de Emaús*. Capítulo 13-35.

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que estaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero no le reconocieron. Él les dijo: “¿De

qué discutís entre vosotros mientras vais andando?” Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén, que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” Él les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel, pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó”...

Aquellos dos discípulos vuelven desanimados; habían puesto tantas esperanzas en Jesús de Nazaret...

Él les dijo: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Por una parte, está interpretando la vida de Jesús a la luz de las profecías, pero en el fondo, está interpretando las escrituras judías a la luz del hecho escandaloso de la pasión y de la cruz de Jesús.

Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”

Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”

Creo que se puede afirmar, sin exageración, que la hospitalidad es la virtud más importante en la Biblia; es, podríamos decir, como la parábola de toda la ética cristiana. El origen de la Biblia está en los pueblos nómadas del desierto para los que el hospedar, el acoger a alguien que está caminando, es la virtud más importante que puede existir. En la Biblia también suele ocurrir que, en las escenas de acogida, el huésped es normalmente un desconocido que tiene algo muy importante que revelar y acaba enseñando a quien le acoge algo que desconocía y sin embargo resulta absolutamente decisivo. Esto es precisamente lo que encontramos, podríamos decir que elevado a un grado máximo, en esta escena en que los discípulos de Emaús acogen a Jesús.

El episodio de Emaús termina diciendo que, aquellos que se iban desilusionados, regresan ahora con el corazón encendido a Jerusalén, para anunciar a sus compañeros “lo que les había pasado en el camino y cómo habían conocido al Señor en el partir el pan”. Sin duda alguna, este texto expresa la dinámica de la fe de la Comunidad de Lucas.

Este texto requeriría -igual que sucede con otros, concretamente la parábola del hijo pródigo- más tiempo para poder tratarlos despacio, porque tienen una admirable belleza literaria y una enorme profundidad teológica.

- Tercera escena: *Aparición a los discípulos*. Capítulo 24,36-52.

...Como ellos no acabasen de creerlo, a causa de la alegría, y estuviesen asombrados, les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer?”. Ellos le ofrecieron un trozo de pescado, lo tomó y comió con ellos. Después les dijo: “Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, en los Profetas, y en los Salmos, acerca de mí. Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: “Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y se predicará en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén”.

Conocer a Jesús en el partir el pan, y en el comer con Él, está unido a la enseñanza sobre el camino del Señor, un camino de cruz. Un camino que se interpreta a la luz del Antiguo Testamento y, a la luz de la pasión y cruz de Jesús, para entender el sentido profético de las Escrituras judías.

Nos encontramos ya en la parte final de mi exposición. Como bien sabéis, los profetas del Antiguo Testamento, no sólo hablan, sino que realizan signos. Hay momentos de especial tensión en que parece que las palabras no bastan, y entonces los profetas Isaías, Jeremías, Oseas..., hacen signos de especial dramatismo, que van acompañados por la palabras, y son la expresión –a veces también la actualización– del mensaje que quieren comunicar.

Se puede decir sin exageración, que las comidas de Jesús –tema clave en el Evangelio de Lucas– son signos proféticos, cargados de sentido, con fuerza provocadora, que acompañan sus palabras, las hacen presentes y las expresan plásticamente.

Como hemos visto a lo largo de la conferencia, en las comidas con los publicanos y pecadores, Jesús expresa el Dios de la misericordia, el Dios amor que acoge a los pecadores que, en una sociedad teocrática, es tanto como decir que acoge a los marginados, a los mal vistos, a los socialmente estigmatizados. Jesús no legitima simplemente el orden social vigente, sino que promueve unos valores alternativos que nacen de la aceptación del reinado de Dios en la propia vida, personal y social.

En las comidas de Jesús con los fariseos se pone de manifiesto el valor de la generosidad, de la sencillez, de la preferencia por los últimos, por los pobres, el descubrir la cara oculta –tantas veces ocultada– de la realidad, la necesidad de ver la realidad con los ojos de las víctimas...

Los discípulos, en sus comidas con Jesús, descubren que seguirle a Él pasa por la cruz y por el servicio a los hermanos.

Dios quiere ser acogido por los seres humanos, no porque busque algo de ellos, sino porque quiere sentarlos a su mesa y servirles; es decir, comunicarles su vida y su amor. Lucas nos presenta la gran paradoja de un señor que sirve. Dios es un padre -si queréis Dios es una madre- que, en la parábola del hijo pródigo, “pierde sus papeles”, y deja el pedestal honorable de un patriarca oriental, cuando atisba que el hijo, aquel calavera que se había perdido, parece que quiere regresar a casa.

La Comunidad como mesa compartida en la obra lucana.

La obra lucana continúa en los Hechos de los Apóstoles, en los que la mesa compartida tiene un lugar preeminente, un lugar donde los discípulos recuerdan al Señor, donde Él se hace presente, y donde se expresa el carácter fraterno de la comunidad. Cuando la comunidad se reúne, lo hace *para recordar la palabra del Señor*. La palabra, “recordar” es bellísima: *cor, cordis*, en latín, quiere decir corazón; por lo tanto, “recordar” quiere decir “pasar por el corazón” las palabras del Señor. Es mucho más que un puro ejercicio intelectual; al final, las cosas importantes “se recuerdan con el corazón”.

En la obra lucana asistimos a un tránsito, lleno de significado, que va del Templo a la casa. En efecto, el Evangelio de Lucas empieza y termina en el Templo. Comienza con la famosa escena del sacerdote Zacarías, padre de Juan el Bautista, cuando recibe la revelación del nacimiento de su hijo en el Templo Y termina después de la Ascensión, cuando *Los discípulos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios*.

Los Hechos de los Apóstoles empiezan y terminan en una casa. Empiezan con aquella primera comunidad de discípulos de Jesús -los doce, y los hermanos y la madre de Jesús- reunidos en una casa. Y terminan en una casa en Roma, donde se encuentra Pablo en arresto domiciliario; allí recibe a la gente y *les anuncia el Reino de Dios y el Evangelio de Jesús*.

Los discípulos de Jesús que, al principio, tras la Pascua, seguían asistiendo al Templo de Jerusalén, como nos informan los primeros capítulos de los Hechos, ahora, en la comunidad lucana, las cosas han cambiado y se nos dice que se reunían en las casas, y allí, en torno a la mesa, que es el centro de la casa, *partían el pan con sencillez y alegría de corazón*.

La mesa compartida refleja un orden social fraterno: *Nadie llamaba suyas a las cosas porque todo lo tenían en común. Cada uno daba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades*.

La comida, como siempre, es reflejo de una realidad social; la comida fraterna refleja la vida de una comunidad fraterna. La comida comunitaria era la celebración central de muchas asociaciones de aquel tiempo que podían ser gremiales, funerarias, religiosas... También las comunidades cristianas, cuando se reunían, celebraban un ágape fraterno; ciertamente muy especial, porque se sabe, en continuidad con las comidas de Jesús, con la Cena Pascual, con las comidas del resucitado. Estas comidas habían sido momentos de especial intimidad con el Señor y lugares privilegiados para penetrar en su mensaje. Finalmente, allí es donde mejor le habían conocido.

Tras la Pascua, en torno a la mesa de la comunidad cristiana, rememoran al Señor, recuerdan sus palabras y reflexionan sobre su vida, que va siendo comprendida como el cumplimiento de las Escrituras.

Permitidme un paréntesis: Si hemos dicho que “recordar” no es simplemente un ejercicio intelectual de “hacer memoria en la cabeza”, sino que es “pasar por el corazón”, recordar con el corazón; aquí hay que decir que “rememorar” es “hacerse

miembros”; los que rememoran juntos se hacen miembros de un mismo grupo, de una misma comunidad.

“Rememorar” y “recordar” son las grandes actividades de la comunidad cristiana primitiva que, con el corazón “recuerda” a Jesús y, en ese mismo momento, “rememoran”, se hacen miembros del mismo grupo; se están convirtiendo en comunidad.

En torno a la mesa de la comunidad lucana se sientan judíos y gentiles. En los capítulos 10 y 11 del Libro de los Hechos de los Apóstoles, hay una escena clave que no es posible desarrollar ahora, en la cual Pedro, movido por el Espíritu, da el paso innovador –durísimo para un judío- de entrar en casa del centurión Cornelio en Cesárea y compartir la mesa con los paganos. Pedro pone muchas resistencias, pero es el Espíritu el que le impulsa para dar el paso, superar los tabúes, los prejuicios. La mesa de la comunidad cristiana es inclusiva, abierta, sin discriminaciones, porque es el sacramento, es decir, signo e instrumento, de la nueva humanidad que crea el Dios de Jesús.

Finalmente, Lucas, para hablar del Reino de Dios definitivo, recurre a la metáfora del banquete, en el que ya no habrá Lázaros a la puerta, que no puedan entrar al banquete que el Padre organiza para festejar el encuentro con todos los hijos ya perdonados. Un banquete donde el Señor sirve y los invitados descubren con asombro lo que el amor les tenía preparado.

Nada más, muchas gracias.